

Compostela en documentales

MARY G.
SANTA EULALIA

Por la rua de San Pedro penetra en la ciudad de Santiago de Compostela el romero que ha seguido el Camino Francés, la ruta trazada a pie (artesanalmente, diríamos) a lo largo de once siglos de peregrinajes. Varones y mujeres, monjes, clérigos y seglares, “almas pecadoras”, según la letra del cancionero jacobeo, de innumerables nacionalidades y lenguas echaron a andar, desde la remota Edad Media, hacia este finisterre continental europeo, por devoción, promesa, penitencia o inquietud religiosa. Luego, se implicaron otros factores, como gusto por la estética, solidaridad humana o romanticismo literario.

Tal afluencia y continuidad de migraciones con igual destino no podían pasar inadvertidas para los sagaces hombres de la cámara, que offician espontáneamente de notarios y dan fe, sin demora, de cuanto acaece en el mundo.

Claro que, por su acusada juventud, al cine no le cupo ser testigo, en origen, de tal fenómeno ni de la tradición que generó; sin embargo, dispone de fórmulas para evocarlos, a través de vestigios tangibles,

CINE

investigaciones, lectura de archivos, recurso a leyendas. Pero, principalmente, transmitiendo en directo lo que dejó expresado el cincel sobre los muros de cantería o mampostería, como rastros de su desarrollo, y las crónicas oficiales respaldan, por ejemplo: la fundación del santuario dedicado al apóstol, a caballo de su sepulcro, durante el reinado del asturiano, Alfonso II; restructuraciones y

ampliaciones sucesivas del templo, aconsejadas por las crecientes oleadas de peregrinos y patrocinadas, entre otros monarcas, por Alfonso III, Bermudo II y Alfonso VI. Más el acierto definitivo de Fernando II, quien contrata, en 1168, al constructor-escultor, que elevó a la cumbre de la excelencia al románico español.

El punto de partida cinematográfico sobre este tema es bastante reciente y un tanto nebuloso. Se concreta, por lo que consta hasta ahora, en rodajes concisos, pero ambiciosos, selectivos, en virtud de cuyas características merecen, la mayoría de ellos, calificación de artísticos.

Alrededor de una docena de cintas producidas en nuestro país, entre cortometrajes y documentales típicos, se encuentran relacionadas en publicaciones periódicas diversas y libros. Curiosamente, pese a que algunos realizadores simulan actuar como ciudadanos comunes, en general, tienden más a subrayar la grandeza y la originalidad de las edificaciones del trayecto que las penalidades, cansancio u odiseas sufridas por el fervoroso peregrino. Se abastecen de imágenes de elementos instructivos, inmóviles, considerados bagage cultural. Eluden las experiencias personales, tipo picaresca vulgar, propias de la época, que requerirían el andamiaje de un argumento de ficción.

El patrimonio conservado

Data de 1935 la más antigua a que se hace referencia en “30 años de Documental de Arte en España”, de Carlos Fernández Cuenca. Se titula “Galicia y Compostela” y es una síntesis laboriosa, sólida y seria de un profesor universitario, documentalista pionero en estas lides, el orensano Carlos Velo, que descuella en la década de los “30”; inicialmente, en colaboración con Fernando G. Mantilla, como en esta ocasión, y más tarde, en solitario. Otro documentalista ilustre, José López Clemente, autor de “Cine Documental Español”, elogia dicho esfuerzo en estos términos: “Es un gran documental, acaso el mejor concebido y realizado sobre aquella región”.

En 1941, en “Santiago y el Camino de los Peregrinos”, producción de Cifesa, Arturo Ruiz Castillo, cineasta industrial, a la vez que guionista, montador y escenógrafo, en compañía del fotógrafo Julián de la Flor, parte justamente del enclave de Roncesvalles, en el Pirineo navarro, de infausta memoria para las tropas francesas. Desde allí se adentra en España. Filma 11’, en lugares como Frómista, Belorado, el puente de Orbigo y Ponferrada, los ámbitos más emblemáticos de cada jornada. Una vez en Santiago, situándose en la plaza del Obradoiro, invita a que el

espectador ascienda por la escalinata de la catedral, hasta dejarle boquiabierto ante la maravilla labrada del Pórtico de la Gloria. El propio Ruiz Castillo, en 1944, incluye la descripción de la catedral románica inserta en la fachada barroca santiaguesa en su cortometraje, “Catedrales Españolas”, en donde ilustra sobre los rasgos significativos de los distintos estilos

catedralicios: gótico, ojival, renacentista, barroco, etc.

Christian Anwander rueda, en el mismo año, producido por NO-DO, “Un día en Santiago”, sin otro propósito que ofrecer una panorámica y aspectos puntales de la ciudad, en 12’. Como pretexto, enlaza con el deambular de unos estudiantes desocupados que, con música de fondo de los maestros Arquelladas y Monreal, admiran los señoriales palacios y blasonadas casonas que les salen al paso, así como las bien diferenciadas plazas limítrofes de la catedral: Azabachería, Obradoiro, Quintana, Platerías; las calles de la Calderería, del Preguntoiro o la muy concurrida, vital y ruidosa del Franco; los restos de la muralla, los soportales, el Arco o Puerta de Mazarelos, Paseo de la Herradura, etc.

Con un arranque que anticipa cierta trama en torno a un monaguillo, de quien de improviso se olvida, la ya desaparecida dinámica actriz y directora madrileña, Ana Mariscal, en el año 1954, se limita, en “Misa en Compostela”, a cubrir el expediente de una forma trivial, sin atinar con resultados al nivel de otros empeños de su carrera.

Al año siguiente, Pierre Zimmer y Eduardo Ducay se aventuran a emular la gesta de quien se supone primer peregrino extranjero,

CINE

Gotescalco, obispo de Puy (Auvernia), en el año 950. Como, después: reyes, nobles o gente anónima, descendieron de los 1070 metros de altitud del Paso de Roncesvalles, hasta los 260 del valle del Sar, solar de Santiago, y registraron, con los operadores Pierre Petit y José Solana, en “*Camino de Santiago*”, en B/N, las fachadas y retablos, reliquias y relicarios, murallas, ruinas de ermitas, iglesias, capillas, conventos, monasterios, hospitales y demás muestras de piedad secular, que jalonan el Camino Francés. La producción, hispano-francesa, de NO-DO-Cité Films, de 17’, contó con música grabada de Jacques Simonot.

Luis Torreblanca, en “*Peregrinos Eternos*”, de 1958, se aproxima a unos cuantos peregrinos recién llegados a Compostela en año jubilar. La cámara los acerca al primer plano para cesar inmediatamente de prestarles atención y orientarla hacia el Pórtico de la Gloria. Pausadamente, con minuciosidad, enfoca las diferentes partes que lo componen: los tres arcos, el tímpano, el parteluz, donde el Hijo del Zebedeo, sedente, acoge al visitante con gesto afable. Sin interrupción, se ocupa del resto de las esculturas, mostrando sus pormenores, una a una: apóstoles, profetas, hasta enfocar, en lo alto, al Cristo en Majestad, que preside el conjunto, rodeado por los cuatro

evangelistas y por ángeles que portan los instrumentos de la pasión. No olvida a las pequeñas figuras de fieles que simbolizan el cuerpo de la Iglesia. Interpretando la idea del Apocalipsis de San Juan, pasa revista a los 24 ancianos de la arquivolta que cantan las alabanzas a Dios, sosteniendo instrumentos musicales, algunos ya olvidados. Buscándole detrás del basamento del parteluz, humildemente

reclinado hacia el altar mayor, descubre y presenta al más inspirado ejecutor del inefable complejo de granito, representación de una escena celestial, a quien, erróneamente, se ha dado en llamar Santo dos Croques. Es creencia popular que golpear la cabeza propia contra la suya de dura talla, garantiza un trasvase de sabiduría y otros beneficios. La productora fue Hermic Films y el guión, el comentario y la voz los puso otro documentalista contemporáneo, Santos Núñez, y la fotografía, en B/N, Francisco Sánchez.

El guión y el comentario de “*Santiago de Compostela*”, de Javier González Álvarez (1958), corren a cargo de Elena Quiroga, prestigiosa escritora santanderina, autora, entre otras novelas, de “Viento del Norte”. En 10’, con la voz prestada de Francisco Valladares, describe la metamorfosis de la urbe a través de los tiempos, en torno a su eje, la catedral. Menciona la evidente importancia de la Universidad, el encadenado de estilos del románico al neoclásico, puerta y salida de los intermedios: gótico y barroco, que influyen en su carácter, y concluye su intervención y la película exhibiendo el espectacular rito del botafumeiro. El gigantesco incensario, de 80 kilos de peso, para mover al cual y que se balancee, con pasmo de la concurrencia, tiene que darle impulso la fuerza de ocho hombres. Acompaña a las

imágenes de Manuel Rojas, en Eastmancolor, música de Salvador Ruiz de Luna y la producción es de Europa de Cinematografía, Eurofilms.

También “*La catedral de Santiago*”, del propio Javier González Álvarez, igual productora, fotógrafo y compositor y de la misma fecha que el anterior, se basa en un texto de competente pluma, la del entonces subdirector del Museo del Prado, catedrático de Arte, Francisco Javier Sánchez Cantón. Consiste en el estudio exhaustivo de las etapas de construcción del portentoso catedralicio, las particularidades de su estructura y materiales, ornamentación y, circunstanciadamente, del Pórtico de la Gloria, incluyendo datos sobre su autor. Doce minutos que el Eastmancolor y la voz de Francisco Valladares contribuyen a enriquecer.

El periodista Alfredo Marqueríe, en 1961, realizó, para NO-DO, un reportaje en B/N, de 10', con finalidad divulgativa respecto al plan y el sentido de la exposición sobre el románico, organizada por el Consejo de Europa, que se celebraba simultáneamente en Santiago y Barcelona aquel verano. Concebido como película de utilidad didáctica, a modo de introducción al arte mencionado, llevó el título de “*Arte románico*”. Fueron encargados de su fotografía: Vicente Minaya, Blas Martí y Juan Amorós. La música se

debió a Luis L. de Rivera y la voz, a Ignacio Mateo.

Cuatro años después, se proyectó “*Un camino para Europa*”, de Luis Suárez de Lezo, en cuya banda sonora participaron especialmente José Miguel Ruiz Morales y Música en Compostela. Suárez de Lezo lleva a cabo idéntico proyecto que varios de sus antecesores, desde Roncesvalles, como un

particular más, en un preciso año jubilar, el de 1965. El comienzo de su película causa un impresionante efecto aludiendo a la derrota inflingida, en el 788, a la retaguardia del ejército de Carlomagno, en aquel paso. Se despierta la memoria histórica merced a la ronca vibración de una trompa o cuerno de caza, instrumento similar al olifante utilizado por el caballero Roldán o Rolando, el héroe del romance, agonizante, para comunicar al emperador la trágica emboscada en la que le sorprendía la muerte. En el curso de la marcha, se van distinguiendo parajes, pueblos, puentes y monumentos importantes, relatando sucesos, milagros y curiosidades. Comparecen por orden, al ritmo del viaje, vistas de Burguete, Vizcarret, Pamplona, Puente de la Reina, Monasterio de San Juan de la Peña, Estella, Logroño, Nájera, Santo Domingo de la Calzada, etc. Más de 30 localizaciones entre abadías, castillos, monasterios y puertos de montaña. Un modelo de documental, de 90', en Eastmancolor, producido por el Instituto Nacional de Industria-Empresa Nacional de Turismo, con guión y comentario de Felipe Ximénez de Sandoval y L. Suárez de Lezo; fotografía de Segismundo Pérez de Pedro; música y dirección musical, Federico Contreras y la aportación de “*La Capilla*”, Agrupación Vocal Instrumental para la Música Medieval. La sincronización de sonido y fotografía establece una

relación emocional mágica entre el perdido siglo VIII y el XX, que va hacia su ocaso ahora.

Es más que probable que no estén aquí recogidas todas las películas que han podido versar sobre Santiago de Compostela y el itinerario del peregrinaje clásico, con Roma y Jerusalén, el trío más importante de la cristiandad. También tratan de ello los largometrajes: “*El Pórtico de la Gloria*”, de Rafael J. Salvia, de 1953, protagonizado por el cantante mejicano José Mojica y el orfeón infantil mejicano; “*Cotolay*”, de José Antonio Nieves Conde, 1965, y “*El bordón y la Estrella*”, de León Klimovsky, 1966. Sin embargo, no es el caso de “*La Vía Láctea*”, de Luis Buñuel, 1969, a pesar del título que lo haría sospechar, ya que dicha Vía, una galaxia perceptible desde la Tierra, se conoce como “El Camino de Santiago”. En este film, de carácter surrealista, Buñuel concede vida a un par de vagabundos errantes con quienes, como soporte, en episodios inconexos, especula sobre los grandes misterios del dogma católico y las herejías que de los mismos se derivaron.

De cualquier modo, si un día aciago, un cataclismo, accidente o fallo humano, implicase daño o pérdida completa del Pórtico de la Gloria (¡que ojalá no suceda!) el cine ya ha puesto a buen recaudo las imágenes de la

CINE

obra impar y de su creador, el humilde Maestro Mateo, en granito, acurrucado a la espalda de Santiago y disimulado bajo el engañoso nombre de Santo dos Coques. Unos profesionales responsables han hecho lo posible por rendirles homenaje y perpetuarlos para la posteridad.